



La angustia sílenta

Andrés García Londoño

Los problemas surgieron cuando empezaron a notarse los cuernos. O quizás esto no sea cierto y deba remontarme incluso hasta mi nacimiento. No es fácil ser hijo de una celebridad, ¿sabe? Y menos aún ser hijo único, como es la tradición familiar.

Todavía tengo a mi padre muy presente. Y, curiosamente, a pesar de que yo tenía mucho más acceso que los medios a su cotidianidad, la imagen que mejor conservo de él es la misma que predomina en la imaginación colectiva: sentado en la biblioteca de la mansión, con su bata, su pipa y la eterna copa de coñac, mientras esboza una de esas sonrisas que eran su marca de fábrica, a medias meditativa y a medias cargada de ironía.

No es culpa de mi padre. Él trató de prepararme lo mejor que pudo. Y no hablo sólo de lo que podríamos llamar mi “entrenamiento formal”, con las decenas de libros de anatomía que me dio a leer desde el mismo momento en que mis ojos fueron capaces de juntar una letra con otra. O de los cientos de poemarios, cuya utilidad en nuestro arte, aunque menos obvia para los profanos, no resulta sin embargo menor.

¿Mi madre? Nunca la conocí. Creo que podríamos decir que salió corriendo, literalmente, después de entregarme a mi padre, aunque en ello le faltó originalidad, pues también podríamos considerar esto como una tradición familiar. Pero no, no creo que el abandono materno sea la causa de mis problemas actuales. Aunque alguna vez sí pensé que quizá sea ese abandono inicial el que convierte a los varones de mi familia en grandes donjuanes por la ya conocida cantinela: búsqueda interminable de una segunda madre, siempre esperanzada al inicio, siempre frustrada al final y todo eso... Pero, a pesar de todo, no sé. Algo me anima a ser escéptico, algo me dice que el impulso primario de nosotros, los sátiros, no es tan fácil de descifrar.

Creo que el problema comenzó en la escuela. Más exactamente con la señorita Brígida. Ya todos sabían quién era yo, pero hasta cierto punto uno aprende a fingir que es otro humano más. Además, mi padre, que tanto espacio en las portadas de los periódicos y telenoticieros ocupaba, era realmente celoso cuando se trataba de mi intimidad. ¿Se acuerda de la demanda del *paparazzi* aquel al que mi padre corneó? Lo que nunca se filtró a los medios, dado que el arreglo monetario se realizó por fuera de la corte, es que el fotógrafo me estaba siguiendo a mí, que tendría unos cuatro años. En ese momento aún había cierto furor por la dichosa discusión de si los sátiros éramos más humanos que animales o viceversa, y al parecer un periódico sensacionalista le pagó por captarme en una pose lo más animal posible, preferentemente mientras me alimentaba o excretaba... De sobra está decir que entiendo a mi padre y —dado que, aunque borroso, todavía recuerdo el incidente, pues fue la única vez que lo vi furioso— opino que el fotógrafo tuvo suerte. Cierto es que al final se fue en camilla de nuestra casa, pero al menos sus manos y sus piernas salieron por la misma puerta.

Sospecho que fue a partir de allí que mi padre llegó a alguna clase de arreglo con los medios, pues me dejaron en paz hasta que fui mayor de edad. Creo que a cambio les permitía indagar en su propia vida tan profundo como quisieran. Y dado nuestro atractivo, siempre había nuevos chismes que contar más otros que inventar: una nueva actriz vista salir en la madrugada de la guarida del sátiro, o a él mismo obteniendo secretos de estado de alguna ministra en un elegante restaurante del centro de la ciudad.

Como buen griego, mi padre amaba el vino. Y sus borracheras eran famosas... O tal vez sería más exacto decir “memorables”, pues nadie que hubiera participado en una de ellas podía olvidarla. Como es ya de conocimiento general, no hay manera de permanecer triste o enojado al lado de un sátiro que bebe. Despedimos un aroma que, según los silenólogos, provoca un éxtasis natural en los espectadores al hacer que sus cuerpos liberen enormes cantidades de endorfinas. Pero eso no es todo. Si así fuera, ¿cómo se explicaría el éxito de esa película cuyo guión no consiste en nada más que dos horas ininterrumpidas de mi padre borracho? Y el público salía eufórico. Hay quien dice que se debe al tono de nuestra voz —“embruajador”, afirman algunos—, otros lo adjudican al efecto que causa la mirada de nuestros ojos, con iris casi cuadrados... Pero creo que esto último sólo podría aplicarse a las mujeres, pues me consta que a los hombres les resulta más bien incómodo recibir una mirada directa de nuestra parte. A menos que estemos borrachos, por supuesto, ante lo cual no tienen más opción que caer en el frenesí y componer improvisadamente su propia *Oda a la alegría*.

Por mi parte, yo no bebo desde que comenzó la última fase de mi problema. Hasta ese momento al beber provocaba en quienes me rodeaban los mismos efectos que mi padre. Después de mi cambio de ánimo, los efectos se invirtieron y cada vez que bebía todos caían en la más profunda tristeza. Comencé a perder amigos a tal velocidad que decidí dejar de tomar alcohol.

Pero me estoy yendo por las ramas. Creo que me estoy evadiendo, ¿no es verdad? Debería hablar de lo que me trajo aquí... Volvamos, entonces, al punto: como le decía, todo comenzó con los cuernos. Sólo en ese momento se hizo obvio para todo el mundo que yo era el hijo del sátiro. Hasta ese instante la única evidencia externa eran mis piernas de carnero, pues los iris de los ojos sólo cambiaron hacia el final de mi adolescencia y me dejaba el pelo largo para tapar mis orejas de asno. Por otra parte, yo había aprendido a imitar muy bien el caminar de los humanos, por lo que con unos pantalones anchos era muy difícil observar alguna peculiaridad. Hasta mis zapatos habían sido diseñados expresamente para disimular mis pezuñas, de acuerdo con el deseo de mi padre de que yo tuviera la intimidad que a él le estaba vedada.

Mi padre... *El Griego*. ¿Hasta qué punto su historia es la mía? Lo abandonaron siendo bebé en un convento al este de Tesalónica. En un principio hubo pánico entre los monjes. El parecido entre el velludo descendiente de Pan y el patizambo al que temen los cristianos era demasiado obvio. Por fortuna en Grecia todavía existe quien recuerde la antigua religión, y dado el interés mediático que despertó el caso, pronto se descubrió que una rama de los antiguos *Homo silenus* había sobrevivido, en una línea ininterrumpida padre-hijo desde los tiempos de Homero hasta el presente, única en su tipo. El secreto de la supervivencia de mi especie había sido protegido por las mujeres de la zona, quienes, celosas de la posesión del sátiro, lograron coser las bocas de los hombres de los alrededores con un pacto de silencio. ¿Por qué se rompió el mutismo? No resulta claro, pues nunca pudo descubrirse con exactitud quién fue mi abuela y ella decidió llevarse su secreto a la tumba. Pero es muy probable que tenga que ver con la muerte de mi abuelo, el viejo sátiro, al caer al mar de un peñasco. Como entre los sátiros la crianza siempre es responsabilidad del macho, la pobre mujer seguramente se encontró con un paquete demasiado grande entre las manos y decidió abandonar a mi padre.

En resumen, él fue criado por los monjes, quienes trataron de enseñarle buenas costumbres y, la verdad, opino que se convirtió en un sátiro bastante decente. En lo que obviamente no tuvieron éxito fue en el propósito de moderar su sexualidad... Pero luego dejó de importarles. No hay forma de evitar amar a un sátiro cuando está alegre. Y mi padre siempre estaba alegre.

Para su fortuna y la mía, el gobierno griego decidió nombrarlo monumento viviente nacional. De no ser así, probablemente habría acabado su vida en algún laboratorio o zoológico. Y sí, lo estudiaron, pero al menos, gracias a su patrimonial condición, le pedían siempre permiso. De allí hasta su muerte no hay mucho que contar. Se convirtió en celebridad nacional y más tarde internacional gracias a *Borrachos con el sátiro*, la dichosa película. Vivimos a saltos entre Atenas, Los Ángeles, Salvador de Bahía, París y Berlín. Y finalmente, luego de engendrarme a sus setenta y dos años, murió veintitrés años después en su puesto de batalla, esto es, entre las piernas de una modelo de lencería particularmente bien pagada.

¡A veces quisiera tanto tener un hijo!... Pero cada sátiro sólo puede tener un descendiente y no escoge el momento. Al estar catalogado como miembro de una subespecie humana en vía de extinción, no sabe cuántos pinchazos de jeringa he tenido que soportar de parte de investigadores bienintencionados que quieren aumentar la población. Aún recuerdo el titular de la primera página de un periódico de curiosidades de hace una década: “La reproducción del sátiro: misterio de la ciencia moderna”. Mas los científicos han fallado miserablemente en averiguar algo útil, aparte de que nuestras eyaculaciones son estériles, al menos en su gran mayoría, pues, según apunta la hipótesis más popular sobre el asunto, al menos una vez en la vida éstas están cargadas de un “superesperma”. Lobecki, el autor de la teoría, afirma que cuando los sátiros hemos seleccionado una madre apropiada para nuestra descendencia –de forma inconsciente, valga aclarar, probablemente asociada con el aroma íntimo de la candidata–, nuestros testículos producen espermatozoides superresistentes, capaces de garantizar la fecundación contra viento y marea. Así, mientras los espermatozoides humanos suelen durar sólo un par de días vivos dentro del cuerpo de la mujer, el superesperma del sátiro puede durar meses, quizás incluso años, en un estado vegetativo dentro de los genitales femeninos, esperando que se produzcan las condiciones adecuadas, por lo cual no existiría ningún método realmente eficaz para impedir la concepción. Lobecki incluso lo llama “semen inteligente”, pues según él tiene la capacidad de atravesar los poros de cualquier método de barrera y resistir los más adversos cambios ambientales. Lo cual querría decir que, tal como nosotros no podemos elegir el momento en que tendremos un hijo, tampoco la candidata a madre de sátiro puede evitar el embarazo, así el 99,99% de las mujeres estén más seguras con nosotros que con una brigada de eunucos, al menos en lo tocante a anticoncepción.

Pero para entender realmente lo que me trae hasta aquí, hay que remontarse a mi infancia. Como afirmé ya hace un rato, el primer momento en que fui consciente de mis futuras dificultades fue con Brígida, mi maestra de jardín infantil. Yo tenía cinco años y ella unos sesenta. Brígida solía acariciar la cabeza de los niños a su cuidado con un toque maternal y, ese día en particular, yo le estaba mostrando un dibujo de mi casa cuando ella me acarició la cabeza del mismo modo que solía hacerlo con el resto de los niños. El problema es que yo no era los otros niños: yo era un sátiro y estaba creciendo; ya tenía botones de cuerno saliendo de mi cráneo. Esa caricia desató reacciones poderosas en ambos: en mí, una erección que aún recuerdo; en ella, un deseo de tocarme de formas menos maternas, que apenas pudo controlar cuando vio la cara de espanto de los demás niños luego de que me besara apasionadamente. La maestra Brígida renunció al colegio esa misma tarde y al día siguiente comenzaron mis clases privadas con el señor Papaodopulos... Lo lamento por ella, pues era una buena maestra, pero también lo lamento por mí, pues ninguno de los dos tuvo elección. Ni yo puedo evitar tener una erección cada vez que me tocan, ni existe mujer que pueda resistirse a las feromonas que emite un sátiro excitado.

Y ese es exactamente el problema. Tengo cuarenta y cinco años y si trato de calcular el número de amantes que he tenido en las últimas tres décadas, un estimado más bien conservador, basado en un promedio de una nueva amante cada dos días, me diría que he estado con más de cinco mil mujeres... Y nunca, en ningún momento, con ninguna de ellas, hubo elección.

Nací para esto. No me engaño. El sexo desmedido es la carga de mi especie. Y es un lastre pesado... A menudo, leyendo sobre mis ancestros, me pregunto si el problema es la época. Quizá antes fue distinto. Tal vez cuando danzábamos por el bosque acompañando a Dionisio, rodeados de ménades y bacantes, podíamos vislumbrar un cierto sentido: rendir culto a la fertilidad, adorar a la Madre Tierra y todo eso. Acaso sin ritual, el sexo desafortunado no implica nada más que fricciones y fluidos... Pero entonces recuerdo el pesimismo de Sileno, el más lúcido, el más borracho, el más decrepito y vivaz de mis antepasados, a quien Midas capturó para obligarlo a compartir sus conocimientos. Y todo lo que Sileno pudo decir, una vez se le pasó la embriaguez, fue que más le vale al hombre no haber nacido, y si lamentablemente ya le ha ocurrido esa tragedia, más le vale morir pronto... Lo cual me lleva a sospechar que quizá mi abuelo no resbaló por accidente del acantilado. Tal vez los sátiros no bebemos por alegría, sino simplemente para mantener alejado al espectro de la depresión.

Yo ya no bebo. Y no sólo por los amigos, como afirmé en un primer momento. Parte de la responsabilidad le cabe a la época. Simplemente hoy los métodos de extraviarse son demasiados. Si se compara con otras cosas el alcohol parece inofensivo, pero recuerde que mi ambiente laboral es la farándula. Me muevo entre bares, discotecas de moda y fiestas en villas de lujo. Y puedo atestiguar que, en un ambiente así, cuando se empieza a depender de alguna sustancia es común que se acabe probándolas todas, o como afirman los programas de biografías amarillistas “se caiga en una terrible espiral de autodestrucción”. No he probado una gota de vino en diez años y me hace una falta terrible, pero... Mire, voy a ser sincero y voy a acabarle de decir de una sola vez por qué estoy aquí: he tenido episodios de impotencia. Y si para cualquier hombre es difícil esa situación, ¿se imagina lo que implica para un sátiro? El primero y el segundo me ocurrieron hace diez años, y en un primer momento pensé que era exceso de alcohol, por lo cual no volví a probarlo. Pero ahora, ya abstemio, han vuelto a repetirse dos veces más. Mi única fortuna es que mis amantes de turno ni se dieron por enteradas: mi padre me adiestro bien, por ventura, así que no dependo exclusivamente de mi pene para cumplir mis funciones y satisfacer a una mujer. Pero tiemblo al pensar lo que hubiera podido pasar si alguna de ellas se hubiera dado cuenta y hubiera abierto la boca, regando la noticia. Podría perderlo todo... Aunque por otra parte, ¿qué tengo?

He llegado incluso a dudar acerca de si me gustan las mujeres. O mejor dicho: no tengo dudas de que a mi propio cuerpo le gusta el cuerpo femenino; algún atractivo tiene que tener para que yo haya acariciado a más de cinco mil, pero no sé si me gusta lo otro... Lo que se esconde detrás: la psique, si le suena mejor. Me doy cuenta de que aunque mi naturaleza me

lleva a complacerlas hasta hacer de ello el sentido de mi vida, debo confesar que entiendo muy bien sus cuerpos, pero muy poco sus mentes. Y esto es importante porque las encuentro mucho más racionales que a los hombres, si entendemos por razón la capacidad de calcular. Creo que por eso, porque dependen tanto de su capacidad de calcular y clasificar, pueden quedarse paralizadas al tener que escoger entre dos caminos, si se encuentran con que las cuentas no cuadran o no pueden decidir cuál ofrece mayores ventajas, mientras que el hombre suele salvarse de ese estancamiento por obedecer a impulsos más primarios. Quizá la sociedad patriarcal implique simplemente el triunfo de lo primitivo. No sé... Lo que sí sé es que la primera pista de ello me la dio mi padre, en una lección capital, cuando me dijo: “El primer requisito para llevar a una mujer al orgasmo, hijo, no consiste en nada más que en hacerles desconectar la maquinilla de pensar”. Hay muchas opciones para ello, por supuesto: una relativamente fácil consiste en recurrir a la ayuda del alcohol o los alucinógenos, pero eso tiene sus bemoles. Incluso éticos. Al menos para un amante profesional, pues para algo debe valer todo el entrenamiento, todas las lecturas y toda la experiencia, ¿no? Sin embargo, todas las técnicas no valen nada si se olvida el saber más primordial. Lo esencial. ¿Y sabe qué es eso? ¿El mayor secreto para ser un buen amante? Recordar siempre que el cuerpo que se acaricia es distinto al propio, que uno está con una hembra, no con un varón. Y en eso, que parece tan sencillo, yace la mayor dificultad.

Ahhhh, los cuerpos femeninos. Podría cantarles cientos de loas, hablar mil horas sobre ellos... Y sin embargo, me siento cada vez más lejano de sus poseedoras, en particular del deseo de tantas ellas de mantenerse engañadas para conservar cierta noción de control. Amo a las mujeres... Con la misma fuerza con que las detesto. Y saber que no puedo resistirme a ellas me ha llevado por momentos a desear cortarme los testículos. Pero sin ellos, ¿qué sería yo?... Y aun así, no dejo de ser consciente de que un sátiro misógino es apenas mejor que un sátiro castrado. Por eso le pido que me ayude, doctor. Por favor. Arregle lo que está descompuesto dentro de mí. O mejor aún, presénteme a una ninfa. Dígame que no están extintas. Un ser femenino compatible con mi propia naturaleza, que pueda darme más del uno por ciento de sus vidas que me ofrecen las mujeres.... A veces le confieso que sueño con ménades y bacantes, y aunque el recuerdo de sus ritos sangrientos me horroriza, y la visión de la carne devorada tibia y cruda me causa estremecimiento incluso dentro del mismo sueño, algo de mí preferiría acabar despedazado que seguir solo... Y al final sí, se reduce a eso, sin sorpresas, sin originalidad: le temo a mi soledad, temo que sea eterna... Temó ser la cara de una moneda cuyo otro lado fue borrado por el tiempo para siempre. ■

Andrés García Londoño (Venezuela - Colombia)

Autor del libro de relatos *Los exiliados de la arena*. Ha publicado ensayos, artículos y reseñas en el *Boletín Cultural y Bibliográfico del Banco de la República*, la *Gaceta del Fondo de Cultura Económica (Filial Colombia)*, *Arcadia* y la revista *El Malpensante*, así como cuentos en distintas revistas y antologías.